

todas las consideraciones religiosas y sociales! Se pronunció fuertemente contra los autores, y aun los cubrió de confusión, probándoles que eran viles plagiarios, por ciertos trozos que habian exaltado como producidos por su ingenio, y que habian copiado palabra por palabra del Curso de las ciencias del padre Buffier Jesuita: finalmente prometió seguir paso á paso todos los articulos peligrosos, ó aun solo sospechosos para precaver al lector. El era un gigante que amenazaba destrozár á los enciclopedistas; los que quedaron espantados y no sabian que responder. Recurrieron á una maniobra, que despues pusieron en planta muchos. Se dirigieron al magistrado encargado entónces de la inspeccion de los libros, para que prohibiese al padre Berthier continuar la censura prometida; y el complaciente juez, obsequió sin tardanza su pedido (7). De esta suerte, los que tanto han gritado contra el despotismo, han sido ellos mismos los primeros en dar un odioso ejemplo. He referido esta anécdota poco sabida, pero cierta, porque en esa época los filósofos se levantaron contra los Jesuitas, y favorecieron con todos sus esfuerzos á los maquinadores de su destruccion.

La gran sensacion producida por las obras de que he hablado antes, excitó la emulacion de una multitud de escritores subalternos, los cuales parecia se huviesen convenido á quien vomitaba mas blasfemias contra la religion, mas torpezas contra las costumbres, mas injurias contra el gobierno, y las mayores extravagancias que jamás pudieron venir á las mientes á los filósofos; porque segun observa Ciceron, no hay ninguna que no hayan soñado y dado á conocer al público. Las miserables producciones de tales autorcillos han caido en olvido el día de hoy; pero entónces eran acogidas con aplauso. Habia llegado el tiempo de sacudir todas las añejas preocupaciones, quere decir en el lenguaje filosófico, de no creer mas en la existencia de Dios, en la inmortalidad del alma, en las penas y recompensas de la otra vida, en la distincion de lo justo y de lo injusto, de la virtud y del vicio.

Todas estas máximas se insinuaron en el pueblo. Se hizo en poco tiempo un cambio de los mas notables. Las iglesias fueron menos frecuentadas, menos observadas las prácticas de la religion. Se perdió el respeto que se tenía hasta entónces á los ministros del altar. Permitianse contra ellos las burlas mas ultrajantes y los mas amargos tiros de la sátira. Los cuerpos religiosos se con-

virtieron en objeto de público desprecio. Los Jesuitas particularmente, que eran los mas zelosos defensores de la religion, fueron presa de un odio, que llegaba á cierta especie de furor y de rabia. Finalmente, la impiedad hizo progresos tan rápidos, y el jansenismo combinado con ella originó tan grandes agitaciones, que el cristianismo jamás fué amenazado de una mas violenta tempestad. Todo la anunciaba. Ya resonaba el trueno, y el rayo estaba próximo á caer con estruendo.

Las atrevidas empresas del parlamento continuamente renovadas y llevadas hasta los mas graves excesos, habian en fin determinado á Luis XV á tomar medios para contener su curso, y restablecer el orden en un cuerpo, que ya no reconocia mas freno que su voluntad, y la de sus tumultuosas asambleas. Acia el fin de 1756 tuvo el rey una seccion de justicia en Paris, en la que entre el aparato de la magestad real habia hecho publicar algunos reglamentos, los principales de los cuales consistian en la disolucion de algunas de las cámaras del parlamento, y en la asignacion de edad para tener derecho á deliberar y á dar voto. El objeto de estos reglamentos era disminuir el número de los votantes, reconocidos por otra parte como inutilisimos para el despacho de los negocios, y separar á los jóvenes, abandonados á lo fogoso de la edad y al ímpetu de las pasiones, de las asambleas de las cámaras. Además no se permitia el representar sino en los casos fijados por la ley.

Estos reglamentos eran muy sábios; y si hubieran sido observados, habrian puesto remedio á muchos males; pero ya habia un fermento muy grande en los ánimos, para creer que quisieran someterse. Fueron mirados como atentatorios á los derechos, á los privilegios y dignidad de un cuerpo, que se creia responsable á la nacion de los limites que convenia poner á la autoridad real, para contener el despotismo. Se rehusó obedecerlos para dar así un luminoso ejemplo de sustraerse á semejante despotismo: y todos los miembros de las cámaras de las peticiones y de las súplicas, hicieron dimision de sus cargos, haciendo resonar altamente el sacrificio á que se resolvian, por seguir la voz imperiosa de su conciencia. La mayoría de la gran cámara, hombres maduros por los años y la experiencia, fieles á su soberano y á sus deberes, continuaron en desempeñar sus funciones. No habia pesádoles, seguramente que se hubiese réprimido la licencia de sus fogosos compañeros.

Todo París y las provincias mismas miraron la dimision

que el mayor número de los miembros del parlamento había hecho de sus cargos, como un acto del mas sublime heroísmo, y al mismo tiempo como la mas terrible desgracia que pudiera suceder. Creíase haber perdido á sus defensores y protectores, y no se dudaba de que se iba á ser la victima de una tiranía odiosa. No se guardaba medida alguna en los discursos que se hacian. Exaltaron estos la cabeza á un malvado, nacido con una fantasia ardiente y pasiones mucho mas vivas. Era natural de Arras y se llamaba Roberto Francisco Damiens, que servia entónces á un consejero del parlamento. Este monstruo, persuadido á que hacia un señalado servicio á la que él llamaba su religion y á la Francia entera, librandola de su rey, concibió el proyecto de asesinarlo, delito horrible, delito abominable, capaz él solo de deshorrar á una nacion, y que no ha podido ser sobrepujado sino por el cometido en la persona del virtuoso Luis XVI.

Agitado de todas las furias infernales, Damiens se dirige á Versailles el 5 de enero de 1757, como á las cinco y tres cuartos de la tarde, y aprovechando la oscuridad de la noche y habiendo hallado facilidad de acercarse al rey en el momento que subia en una carroza para ir á cenar á Trianon, le dió una puñalada en el lado derecho del cuerpo. El rey, sintiéndose herido, reconoció á su asesino. Fué arrestado al instante, y sus primeras palabras fueron: *cuidado con el delfin*; lo que prueba en primer lugar que allí habia un complot, aunque se hayan hecho todos los esfuerzos posibles para persuadir lo contrario; en segundo, que este complot era estenso, y que se atentaba á las vidas mas preciosas de la familia real.

No se descuidaron los jansenistas en acusar á los Jesuitas de tal asesinato. Por esta vez no hallaron crédito sino en algunos de sus partidarios imbéciles, ó del vil populacho. Es cosa muy usada entre los culpables hacer recaer sobre los inocentes los delitos, de que ellos mismos son los autores. No despertaré aquí sospechas terribles, pero lease el proceso verbal de Damiens, documento auténtico é irrecusable. En él se verá á los Jesuitas plenamente justificados, á pesar de todo el deseo que se tenia de implicarlos en este asesinato, y á sus enemigos casi convencidos de haber tenido parte. Es un bien para los primeros, que en todos los capitulos de acusacion con que han sido oprimidos, existan monumentos que manifiesten su inocencia (8).

La gran cámara del parlamento juzgó á Damiens, el cual en el siguiente mes de marzo sufrió el suplicio re-

servado á los regicidas. Por fortuna la herida del rey no fué peligrosa, y en pocos dias quedó restablecido. En el primer momento habia dado orden de separar de la corte á la marquesa de Pompadour, que hacia algunos años que era su amante favorita. Como esta muger tuvo mucha influencia sobre los acacimientos que debo contar, es muy del caso hablar acerca de ella dos palabras. Ella fué hija menor del comediante Poisson, y habiendo agrada-do por su hermosura á un asentista del reino llamado Mr. de Etioles, la tomó por esposa. Llevó á la corte los sentimientos de una aldeana, ó mas bien los que eran conformes á la bajeza de su cuna. Acabó ella de apagar entre los franceses el honor, que siempre habian considerado y con razon, como la mas bella y noble recompensa que pudiesen obtener; y substituyó en su lugar el amor del dinero, que de ahí en adelante vino á ser su principal móvil. Tenia poco talento, pero una grande ambicion de gobernar, y por desgracia el ascendiente que adquirió sobre el corazon del rey, le facilitó demasadamente los medios de elevar á los mas altos puestos, á hombres que le eran enteramente adictos; y que careciendo de luces, de talentos y virtudes, no eran propios sino para causar el infortunio de la nacion.

Madama de Pompadour no se apresuró á cumplir la orden que se le habia intimado de abandonar la corte; y el mismo rey fué el primero en revocarla, tan luego como vió no haber ya ningun peligro de su vida. Pero la venganza de esta muger fué terrible contra el conde de Argensón, ministro de la guerra, y contra Mr. de Machault, ministro de la marina, que segun creyó ella habian obtenido tal orden en su contra. Fueron ambos desterrados. Puede decirse, que estos dos ministros de Francia fueron los últimos que hubiesen conservado los elementos del arte de gobernar. Era entónces cuando mas importaba conservarlos en sus puestos estando la guerra declarada ya contra los ingleses, y preparándose otra contra el rey de Prusia. Esta guerra, llamada de los siete años, fué de las mas desgraciadas. Los franceses esperimentaron los mas humillantes reveces así por tierra como por mar. Ellos deben en gran parte atribuirse á madama de Pompadour, que hacia llamar á los buenos generales, empleando á otros, cuya incapacidad era conocida.

Hallábase entretanto la corte en un grave embarazo, con motivo del atraso en las causas judiciales, para cuya expedicion no era suficiente la gran cámara, con respecto á la estension del parlamento de París, que abrazaba casi la mitad del reino. El pueblo pedia altamente la reposicion de los miembros que habian hecho renuncia de sus cargos. Fué

necesario llegar á un acomodamiento. Mis memorias me ministran en el particular algunas anécdotas conocidas de pocos; pero en favor de cuya verdad invoco el testimonio de aquellos (si alguno ha sobrevivido) que tuvieron parte en el secreto de los negocios.

El señor abate de Bernis, sugeto distinguido por las gracias de su talento, y por algunas poesías ligeras que se leen con interés, aun despues de las de Chaulieu, de Voltaire y de Gresset, habia tenido el arte de agradar á la marquesa de Pompadour, cuando ella era todavía madama de Etioles. Ella quiso elevarlo á todos los grados de la fortuna de que fuese capaz su estado, cuando gozaba la misma del alto favor á que habia llegado. Volvia el abate de una embajada, en que habia desplegado su habilidad; porque debe confesarse que su espíritu sabia acomodarse á todo. Madama de Pompadour lo creyó capaz de tratar con el parlamento, de calmar los espíritus irritados, y de negociar con ellos las condiciones de su reposicion. Ella consiguió del rey que le encargase la tal comision.

Estoy muy distante de querer hacerle un delito del modo con que la desempeñó. Acaso no tuvo toda la libertad necesaria para sostener los intereses de la corte, y tal vez fué estrechado por algunas reflexiones superiores. Sea como fuere, toda la ventaja quedó por parte del parlamento. Se determinó en las conferencias secretas que se tuvieron, que la mayor parte de los reglamentos ordenados en la última sesion de justicia serian condenados como de ningun valor. Pero lo que mas agradó al parlamento, ó mas bien á los jansenistas que trabajaban por su medio, fué el que obtuvo y quedó decidido, que se le abandonasen los Jesuitas; y desde este momento se tomaron todos los medios que convenian para consumir su destruccion. Finalmente exigió el parlamento que algunos obispos, que habian mostrado mas zelo por sostener la fé ortodoxa con ocasion de la negativa de los sacramentos, ó firmasen la dimision de sus obispados, ó fuesen transferidos á otras sillas, y fuera de su jurisdiccion: lo que en efecto se verificó.

Monseñor de Beaumont, arzobispo de París, era de aquellos de quienes mas ardientemente se quería la separacion. Aun se habia persuadido á la corte, que si él hacia su renuncia, renacería en el reino la paz y la tranquilidad. Mr. de S. Florentin, duque despues de la Urilliere, ministro que no fué conocido en Francia sino por su larga administracion, en que hizo un abuso tan enorme de las cédulas de prision, fué encargado por parte del rey á proponerle en vez del arzobispado de París, la abadía de San German, cuyas rentas eran

inmensas, el capelo de cardenal y la investidura de duque y par para su familia; dignidad que hacia sobre todas el objeto de la ambicion de las casas grandes de Francia. Señor, le respondió el arzobispo con aquel su aire noble é imponente, *vos mismo habeis sido el órgano de las órdenes reiteradas de S. M. para obligarme á aceptar el arzobispado de París. Si yo hiciese la dimision, no pediría otra cosa, que ser vicario en Arcueil* (*); y despidió á este ministro mezquino, oprimido de todo el peso de la elevacion de sus sentimientos.

En cuanto al abate de Bernis, él fué ampliamente recompensado de aquellos servicios que él creía haber hecho al estado, con su promocion al ministerio de los negocios estrangeros; y poco despues con el capelo de cardenal, que la emperatriz reina Maria Teresa le hizo obtener en testimonio de su reconocimiento, por el tratado de alianza concluido por él entre la casa de Austria y la de Borbon. El parlamento entró triunfante ácia el fin del año de 1757. Siguióse una persecucion continua contra el arzobispo y contra los eclesiásticos sus adictos; y se suscitaron turbaciones mas violentas por los jansenistas, que incesantemente se ocuparon ya del grande objeto que los animaba; es decir, de la entera destruccion de los Jesuitas.

Antes de entrar en la narracion de un acacimiento, que forma una época tan memorable en la historia del siglo XVIII, parece conveniente dar una ojeada sobre el instituto de esos religiosos. Ellos habian sido fundados por San Ignacio de Loyola ácia la mitad del siglo XVI; esto es, en 1540. Este zeloso fundador se habia asociado algunos años antes en París nueve compañeros, que fueron los primeros miembros de su orden á la que dió el nombre de *Compañía de Jesus*, y que fué solemnemente aprobada por una bula del papa Paulo III. Se distinguia entre ellos San Francisco Xavier, á quien su zelo y maravillosos trabajos merecieron el título glorioso de apóstol de las Indias y del Japon. San Ignacio estaba dotado de un juicio esquisito, de una razon luminosa, y de una consumada prudencia. Se puede aún decir, que él era un grande hombre. Conocia todas las relaciones que tienen entre sí la religion, la moral, la elevacion de los sentimientos, la ciencia y la esperiencia de lo pasado. Combinólas de suerte que formó unas leyes, obras maestras de la humana sabiduría.

Los Jesuitas eran clérigos regulares. No se obligaban

(*) *Arcueil es un pequeño pueblo, distante cerca de una legua de París.*

definitivamente por la solemne profesion de los votos, sino despues de varios años de pruebas. No estaban obligados al coro, ni á otras muchas prácticas monásticas; pero bajo un hábito simple y modesto como el que llevaban todos los demás eclesiásticos cuando fueron instituidos, y observando una vida que no anunciaba en lo exterior grandes austeridades, estaban obligados á renunciar á sí mismos para ocuparse continuamente de los otros, y á inclinar su cabeza bajo el yugo de una regla inflexible, pero sábiamente ordenada, y que lo habia previsto todo. Los trabajos, los sufrimientos, nada los espantaba. Animados del zelo mas puro y activo, atravesaban los mares y recorrian paisés inmensos, para llevar la luz de la fé á los bárbaros, á quienes era necesario primero hacer hombres que cristianos. Toda la Europa era el principal teatro de este zelo ardiente, y ofrecia por todas partes sus marcas. Misiones, predicacion, confíaua administracion de los sacramentos, visitas de las cárceles y hospitales, socorros de toda clase ministrados á los infelices, todos los medios capaces de hacer amar, respetar y practicar la religion, ponian ellos por obra con un suceso que les dejaba pocos rivales.

Sobre todo, se habian aplicado á la educacion de la juventud, para formar desde sus primeros años ciudadanos virtuosos y capaces de ser útiles á su pátria. La necesidad de instruir á los demás los habia puesto en la de instruirse á sí mismos, de formarse al buen gusto que se perpetuaba en sus escuelas, de abrazar toda clase de ciencias, y de producir obras, de las cuales la mas falsa envidia y negra malignidad no podrán disputar el mérito. Es una observacion bien gloriosa para ellos, que casi no es posible citar algun género de ciencia ó de literatura, en que no se encuentre algun Jesuita que no se haya adquirido un gran nombre. Finalmente, no hay temor en decir, que su Compañía es una de las que han hecho mas honor á la especie humana, y han realizado en alguna manera los planes que algunos filósofos antiguos habian concebido, de formar una reunion de hombres que llegasen á toda la perfeccion de que fuesen capaces.

Apénas los Jesuitas se presentaron en los principales lugares de Europa con toda la brillantez del crédito que los rodeaba, cuando tuvieron la desgracia, ó para hablar de un modo mas conforme á lo que siempre fué la herencia de la virtud, tuvieron el honor de ser perseguidos. Aparecieron en el tiempo en que los nuevos dogmas de Calvino y Lutero hacian el mayor progreso, y escitaban el mas vivo entusiasmo entre sus partidarios. Los atacaron vigorosamente con valor y suceso. Devolvieron al seno de la iglesia católica milla-

res de personas que la habian abandonado. Se enfurecieron los hereges, el ódio, la calumnia, no tuvieron ya término ni moderacion respecto de ellos. Se les dispararon todas las inectivas é injurias posibles. Se les pintó con los mas negros colores para hacerlos odiosos; pero ellos no respondian sino con nuevos triunfos, con doctas obras, que confundiendo á sus adversarios, arrancaban hasta su estimacion, y con multiplicados servicios que prestaban al público.

No fueron únicamente los protestantes quienes hicieron á los Jesuitas el honor de odiarlos. Tuviron en seguida por sucesores de sus sentimientos á los jansenistas que llegaron á escederlos: porque el ódio que inspira su secta fué mas maligno, mas inveterado, mas sostenido.

Los Jesuitas de Portugal fueron los primeros en probar sus terribles efectos (9). La corte de Lisboa habia negociado en 1754 ó 1755 con la de Madrid el cambio de algunas provincias de la parte del Marañon y del Paraguay en la América meridional. En vano se habia intentado hacer á los Jesuitas sospechosos sobre la fidelidad que debian á sus soberanos. Siempre han dado pruebas reales de ella á los que los han recibido en sus estados; y estos sentimientos les eran inspirados igualmente por la religion que por el espíritu de su instituto, que tiene por base principal una extrema subordinacion á toda legítima autoridad. Los Jesuitas españoles misioneros en aquellos paisés, y adictos á los intereses de su pátria, no pudieron ver este cambio, cuya ventaja toda era en favor de Portugal, sin hacer representaciones al ministerio de Madrid. Ellas fueron atendidas: el cambio no se llevó á efecto. Tal fué el origen del ódio que el ministro de Lisboa concibió contra los Jesuitas.

Reinaba en aquel tiempo en España Fernando VI, que habia casado con una princesa portuguesa, de la que no tuvo hijos. La inclinacion de la reina la llevaba ácia su pátria, cuyos intereses le eran mucho mas caros que los de una nacion rival, que aun habia tenido á la suya bajo sus leyes en el siglo pasado, y que por su poder está siempre en el caso de hacerse temer. No costó trabajo ganar á esta princesa, que muy pronto llegó á inspirar en el ánimo crédulo de Fernando sospechas funestas en contra de los Jesuitas.

Entónces fué cuando se hicieron correr en toda la Europa aquellas absurdas consejas sobre un cierto Nicolás, laico Jesuita, hecho rey en el Paraguay, sobre su ejército, batallas, victorias, sobre los inmensos tesoros que poseian los Jesuitas, y que sobrepujaban á los de todos los soberanos juntos, sobre su comercio en todo el mundo. Estas fábulas fueron acogidas con aquella ansia que inspira la curiosi-

dad maligna, sobre todo en Francia, donde los jansenistas que las habian acaso inventado, emplearon todas las bocas de la fama, libros, gacetas, diarios, para esparcir las y acreditarlas.

El rey de España, engañado por sugerencias y consejos perversos, comenzó por separar de la corte á los Jesuitas que ejercitaban en ella las funciones de confesores, y envolvió en la misma desgracia al marqués de la Ensenada, ministro habilísimo, que trabajaba con suceso en volver á la España su energía, y procurar la verdaderas riquezas sacadas de la industria de sus habitantes, y del cultivo de sus campos. Este ministro se habia opuesto igualmente al cambio propuesto por Portugal, así como el conde de Aranda, que favorecía entonces á los Jesuitas, pero que despues se declaró tanto en su contra. Fueron ambos desterrados. El destierro del conde de Aranda fué disimulado con la apariencia de un viaje á todos los países de Europa. El del marqués de la Ensenada tuvo todas las señales de una desgracia decidida. Fué confinado al fondo de una provincia, de donde no se le sacó sino mucho tiempo despues por Carlos III sucesor de Fernando. Este príncipe, mejor instruido de la verdad, creyó deberle hacer la justicia que merecía.

El la habia hecho ántes á los Jesuitas. Cuando estaba al punto de partir de Nápoles en 1759, para ir á tomar posesion del trono de España, el general de estos religiosos, aquel mismo padre Ricci que tanto ha sido difamado despues, se presentó á ofrecerle sus respetuosos homenajes, y á implorar su proteccion en favor de los que estaban esparcidos en sus nuevos dominios. Hízole Carlos III el mas honroso acogimiento, y le respondió en presencia de toda la corte, que no olvidaría jamás el importante servicio que le habian prestado, oponiéndose á la cesion de algunas de sus provincias de América. Aseguróle que los tomaría bajo su especial proteccion, y que nunca experimentarían los tratamientos que se les hacian sufrir en Portugal. No fué siempre fiel á su real palabra, y él mismo despues no trató mejor á los Jesuitas que vivian en sus estados.

En el mismo tiempo, en que la corte de Madrid castigaba á los Jesuitas por su fidelidad, en la de Lisboa un ministro que habia propuesto el cambio referido, viendo que sus representaciones le habian impedido conseguirlo, era el instigador de cuanto se hacia en contra de ellos. El maquinaba una venganza mas terrible. Este ministro era José Carvalho, conde de Oyeras, marqués de Pombal, tan famoso por su ambicion, tiranía, crueldad y delitos. El rey Juan V habia concebido una especie de aversion á él, y acaso un

mayor desprecio á sus talentos diplomáticos. Habia sido enviado á Viena en 1745 para negociar un asunto secreto, pero simple y fácil. No lo consiguió. Fué mas afortunado para con la jóven condesa de Daun, parienta del célebre mariscal de este nombre, con quien se desposó, á pesar de las oposiciones de su familia. Encargado de otra comision á Londres, la concluyó no menos mal, y volvió á Lisboa donde el rey no queria ya emplear sus servicios, á pesar de las urgentes recomendaciones de la reina Mariana de Austria, con quien la jóven esposa de Carvalho habia sabido introducirse. En la muerte de este príncipe, sucedida en 1750, la reina madre lo recomendó á su hijo José I, que le acordó luego su confianza, y lo nombró secretario de negocios estrangeros. He leído en algunos escritos, que Carvalho, bajo adulator de los Jesuitas, poderosos entonces en la corte, les debió en gran parte su elevacion; pero él habia nacido muy vil para no ser ingrato. No solo les declaró un odio implacable: juró además perderlos.

Un tal proyecto, sin embargo, presentaba gravísimas dificultades. Los Jesuitas conservaban todavia en Portugal con su conducta edificante, con su zelo y fatigas, el título de *apóstoles*, que S. Francisco Xavier con algunos de sus compañeros llegados á aquel país dos siglos ántes, se habian merecido. Gozaban todavia de un grandísimo crédito, y aun últimamente, cuando el terremoto de 1755 arruinó una gran parte de la ciudad de Lisboa, habian dado pruebas del mas activo zelo, mas caritativo y heroico, por salvar un gran número de aquellos infelices habitantes.

Pero, ¿qué puede la débil y tímida inocencia contra la autoridad armada de todo el aparato de la fuerza y de la tiranía? Carvalho disponia de todo en el reino. El era el dueño despótico. El rey habia depositado enteramente en sus manos las riendas del gobierno. El primer cuidado de este ministro fué rodearse de personas á propósito para secundarle en sus designios, y ayudarle á conseguirlos. Hizo venir de París algunos hombres perversos en extremo, hipócritas, bajos, y en un todo decididos en su aversion á los Jesuitas.

En este número se distinguia un capuchino apóstata, conocido al principio bajo el nombre del padre Norberto, y despues con el del abate Platél: escritor fanático que habia compuesto contra ellos algunas obras; á las que la prevenicion mas injusta habia podido dar alguna tal cual boga; hombre desacreditado por sus costumbres, por sus delitos y bribonadas. A un tal hombre, sin embargo, fué á quien el ministro portugués concedió toda su confianza.

Como la fé católica era, y es aún respetadísima en Portugal entre el pueblo, habria sido peligroso emplear contra los Jesuitas unas armas, que hubiesen parecido contrarias á su doctrina. La impiedad sola, la cual queria aniquilar toda idea religiosa, ha podido hacerles un delito de esta adhesión á la fé católica; y rogamos al lector quiera observar el singular contraste que se encuentra entre el género de ataques hechos contra los Jesuitas en Francia y en Portugal. Nada es, quizá mas propio para justificarlos, como la manifiesta contradicción que se halla entre uno y otro procedimiento. En Portugal, el concilio de Trento estaba recibido, venerado, y se miraban como oráculos divinos sus decisiones. Allí se sabia que este concilio habia declarado que el instituto de los Jesuitas era *santo y piadoso*, que habia sido además aprobado por muchos papas, haciendo de él grandes elogios. No se podia, por tanto, decir allí nada contra este instituto. En Francia se habia llegado á tal punto, que ya no se hacia caso ni del concilio de Trento, ni de sus decisiones, ni de la aprobacion de los sumos pontífices. Los Jesuitas eran aquí mirados como culpables, y precisamente porque seguian este instituto *santo y piadoso*. ¡Cómo puede ser que los mismos hombres sean alabados en una parte, y condenados en otra arreglándose á las mismas leyes? Viene aquí muy al caso el decir, que *la iniquidad, se ha desmentido á sí misma*.

Se comprendió en Portugal, que para llegar á perder á los Jesuitas, debia comenzarse por desacreditarlos en el espíritu del pueblo, para que viese en seguida sin oposicion, y aun antes con aplauso, los últimos golpes que se les dieran. En consecuencia todas las bocas de la mentira y de la calumnia se abrieron para decir, que ellos habian degenerado de su santo y piadoso instituto, que su conducta ya no se conformaba con él, y que necesitaban ser devueltos á su observancia por una severa reforma. Con estas miras se tomaron las correspondientes medidas. El rey escribió á Roma para solicitar un breve de reforma, á fin de probar, que se querian observar todavía todas las formas eclesiásticas. Esto ocurrió á principios de 1758, y Benedicto XIV, aquel papa que ha ilustrado tanto á la iglesia con sus escritos, vivia aún. No podia él negarse á las urgentes instancias que se le hacian, y que parecian cubiertas del pretexto de buenas intenciones. Sus últimos momentos fueron empleados en expedir el Breve que se le demandaba: murió en el mes de mayo del mismo año.

Su sucesor Clemente XIII, cuyo pontificado fué turbado por tantos acaecimientos, que no pudieron jamás do-

blegar su firmeza en sostener los derechos de su silla, mejor instruido del verdadero estado de las cosas en Portugal, se creyó en obligación de tomar mano en los intereses de los Jesuitas, dió orden á su nuncio en aquella corte, de no omitir nada para defender su oprimida inocencia. Se procedia ya contra ellos con todo el rigor que los cánones eclesiásticos prescriben contra los religiosos relajados. Se querian reducir no á la observancia de su regla, sino á prácticas estrañas, que habrian sembrado entre ellos la discordia, y precipitado violentamente su destruccion, obrada en aquel caso por ellos mismos.

Carvalho irritado de ver desconcertadas todas sus medidas y arrebatado por el trasporte de su carácter, comenzó por lanzar de Lisboa con ignominia al nuncio del papa, y retiró de Roma al embajador de Portugal, prohibió tener toda especie de relacion con esta última corte; y todo hizo temer entónces, que se siguiese un abierto rompimiento entre Portugal y la santa sede. Los Jesuitas se convirtieron en el objeto de su furor altamente decidido. Ya no guardó mas consideraciones con ellos. Fuera por vengarse de la proteccion que les concedia el papa, ó acaso porque veia, que las formalidades que era necesario guardar en su reforma demandaban mucha dilacion, tomó el partido de desembarazarse de ellos prontamente, con un golpe estrepitoso, de que no se habia visto jamás ejemplo.

En el tiempo que estas víctimas infelices de su barbarie lo aguardaban menos, hizo cercar todos sus colegios y casas en Portugal con satélites armados, que añadian á sus ultrajantes burlas los mas reprobados tratamientos. Se les prohibió tener alguna relacion exterior. Sus parientes y amigos ya no fueron nada para ellos. Se les intimó estuviesen prontos á la salida, y partieron sin otra cosa mas que su hábito. Algunos, y de los mas respetables, fueron arrojados en oscuras é infectas prisiones, donde tuvieron que sufrir todos los horrores de la miseria. El mayor número de ellos fué conducido en medio de muchos trabajos á los puertos, donde se embarcaron en bajeles, que los trasportaron á las costas del estado eclesiástico ácia el fin del año de 1759. Abandonáronse estos infelices peregrinos en un pais desconocido, desprovistos de dinero y de toda especie de auxilios, á la providencia de personas caritativas que quisiesen sostener su miserable existencia.

El odio de Carvalho aun no quedó satisfecho. Despues de haberlos espulsado de Portugal, los hizo perseguir en los estados que esta corona posee en las Indias orientales, en las Américas y en todos los paises sujetos á su dominio.